

PROSIGUIENDO A VICO: EL DESCUBRIMIENTO DEL VERDADERO ARISTÓTELES

Alfonso García Marqués
Universidad de Murcia

RESUMEN: En este artículo se utilizan las tesis de G.B. Vico sobre el descubrimiento del verdadero Homero para entender los procesos de creación literaria del mundo antiguo, en lo que se refiere a uno de los grandes *corpora* de nuestra cultura: el *Corpus aristotelicum*. En consecuencia, aparece este *Corpus* con un aspecto muy diverso del que habitualmente se ha considerado.

PALABRAS CLAVE: Vico, Aristóteles, *Corpus aristotelicum*, filosofía de la historia, A. García Marqués.

ABSTRACT: This article draws on G. B. Vico's theses about the discovery of the true Homer to shed light on the processes of literary creation in the ancient world, particularly with regard to one of the great corpora of our culture: the *Corpus Aristotelicum*. Consequently, this *Corpus* appears with an aspect very different from that which has usually been considered.

KEYWORDS: Vico, Aristotle, *Corpus Aristotelicum*, Philosophy of History, Alfonso García Marqués.

ÍNDICE

1. La creación literaria en el mundo antiguo, según Vico	56
a) El descubrimiento del verdadero Homero	56
b) "Auctor" frente a "autor"	59
c) El concepto de "textus receptus"	61
2. Planteamiento de la cuestión: el <i>Corpus aristotelicum</i>	63
3. ¿Qué sabemos de la producción literaria de Aristóteles?	65
a) Los catálogos	66
b) La cuestión de la cantidad de los libros	67
c) La cuestión de los títulos	68
i) <i>Órganon</i> (<i>y sus tratados</i>)	69
ii) <i>Metafísica</i>	70
iii) <i>Física</i>	72
iv) <i>Éticas</i>	72
d) La cuestión del contenido textual	75
4. ¿Podemos atribuir a Aristóteles la paternidad del <i>Corpus aristotelicum</i> ?....	79
Conclusiones	81

Recibido: 20/11/2025. Aceptado: 25/11/2025.

1. LA CREACIÓN LITERARIA EN EL MUNDO ANTIGUO, SEGÚN VICO

a) *El descubrimiento del verdadero Homero*

Si atendemos a la estructura formal de la *Scienza nuova* del 1725 (SN25), observamos que su núcleo está formado por los libros II y III, a los que precede una breve introducción de diecisésis páginas sobre la nueva ciencia y su metodología (libro I), un casi no libro de dos páginas (el IV) y un muy interesante libro conclusivo de veintidós páginas sobre las tres edades que recorre cada ciclo de las diversas naciones¹.

El extenso núcleo de la obra se divide en dos libros (el II y el III): dedica el II al establecimiento de los principios de la nueva ciencia «por ideas» (SN25, p. 188), o sea, de modo especulativo; mientras que, en el III, lleva a cabo la misma tarea, pero a través de las lenguas (SN25, p. 257). A lo largo de ambos libros, Vico muestra tener plena conciencia de la novedad de su ciencia, afirmando continuamente que ha *descubierto* los principios que rigen el mundo de lo humano en su estructura y en su proceder. Los títulos de los capítulos son más que elocuentes: «Se encuentra el principio de la nobleza» (II, c. xvi), «se encuentra el principio del heroísmo» (II, c. xvii), «se encuentran los primeros gobiernos» (II, c. xix), etc. Y en el libro III: «Descubrimiento de los principios de los caracteres poéticos» (c. v), «descubrimiento de las varias alegorías poéticas» (c. vi), «importantes descubrimientos del derecho de la guerra» (c. xv), etc.

Y además, cuando Vico, en su *Autobiografía*, quiere justificar la tardanza en publicar sus textos, sostiene que «sólo se deben editar libros con importantes descubrimientos»². Y páginas más abajo, al tratar de la publicación de su *Scienza nuova* del 1725, se centra precisamente en los importantes descubrimientos que ha realizado y que expone en ella. La palabra más recurrente es

Agradezco a Alfonso Zúnica García la minuciosa corrección del manuscrito, las numerosas observaciones de redacción a fin de mejorar la intelección del contenido, pero, sobre todo, sus agudas críticas, que me han llevado incluso a cambiar en parte la estructura del artículo. *Ex disputatione lux*.

1. Cito las obras de Vico por la ed. de PAOLO CRISTOFOLINI, *Opere filosofiche*, Sansoni, Florencia 1971. Los párrafos de la *Scienza nuova* del 1744 (SN44) son los de la ed. de NICOLINI.

2. «Stimò [Vico] non doversi gravare di più libri la repubblica delle lettere, la quale per la tanta lor mole non regge, e solamente dovervi portare in mezzo libri d'importanti discoverte e di utilissimi ritrovati» (*Vita*, p. 24).

«descubrimiento»³. Vico sostiene que él «descubre [...] los orígenes de casi todas las disciplinas, sean ciencias o artes» (p. 35), «descubre otros principios históricos de la filosofía y principalmente una metafísica del género humano» (p. 35), «descubre una moral y, por tanto, una política común a las naciones» (p. 36), etc. De entre todos estos descubrimientos uno era especialmente querido a Vico: la «discoverta del vero Omero», para la cual elaboró un libro completo, el tercero, en su *Scienza nuova* del 1744.

Ya en la *SN25*, Vico sostiene que Homero es algo más que un hombre singular⁴, considerándolo más bien un héroe –en sentido víquiano (*SN44*, § 384)–, origen de toda la erudición griega y profana (*SN25*, pp. 182, 206, 333). Y además, Vico se había hecho consciente de que, gracias a sus tesis, surgía una nueva visión de Homero: «A partir de estas ideas aparecen los dos poemas de Homero con un aspecto totalmente diverso del que hasta ahora se ha observado» (*SN25*, pp. 272-273). Y entre las ideas que expone, subraya especialmente que la obra de Homero había sido objeto de modificaciones posteriores: el texto que leemos no ha salido tal cual de su autor, no es un texto «original», sino fruto de un devenir histórico⁵.

En la *SN44*, explica detalladamente quién fue el verdadero Homero. Sostiene que Homero nada escribió (§ 850), que sus versos fueron recitados aquí y allá por los rapsodas (§ 851) y que fueron los Pisistrátidas (s. VI a.C.) los que mandaron dar forma a una masa confusa de poemas: «Los Pisistrátidas, tiranos de Atenas, dividieron y dispusieron [...] los poemas de Homero en la *Iliada* y en la *Odisea*; de donde ha de deducirse cuánto debieron ser antes un confuso conglomerado de cosas» (§ 853). Pero no con eso quedaron fijados, sino que el texto escrito fue modificado posteriormente: «Aristarco [s. III a.C.] corrigió los poemas de Homero» (§ 860).

De todo esto y de otras muchas consideraciones, Vico concluye que «este Homero fue una idea o bien un carácter heroico de los griegos» (*SN44*, § 873), aunque matiza que eso hay que afirmarlo sólo a medias, pues realmente alguien tuvo que dar por primera vez una cierta forma poética a lo que sería la

3. Términos como «discoverta», «scoverta», «discuopre», «scuopre», «supplisce il gran vuoto», «ritruova»... aparecen más de una veintena de veces en las tres páginas (35-38) en que habla de *SN25*.

4. Era un ciudadano común a todas las ciudades griegas: «Quasi tutti i popoli della Grecia, ciascuno avvertendovi de' suoi natii parlari, ognun pretese essere Omero suo cittadino» (*SN25*, p. 278).

5. Refiriéndose a la mención que, en la *Iliada*, se hace de la escritura (la manzana de la discordia llevaba escrito: *pulchriori detur*), dice Vico: «Nota che i due versi, che soli in tutta l'*Iliade* l'accennano, non sono d'Omero» (*SN25*, p. 322).

Ilíada y la *Odisea*, y eso lo hizo sin escribir nada, o sea, en modo oral («cantando le loro storie») (SN44 § 873). Por eso, concluye que «si no fuese porque ciertamente han permanecido importantes vestigios [...], hubiera podido decirse que Homero fuese un poeta en idea, y no un hombre individual en la realidad» (SN44 § 873). En suma, Homero es el nombre que el pueblo griego dio a aquel hombre genial que existió realmente y que inició su cultura, a través del primer esbozo incipiente de una gran obra. Obra que posteriormente fue modificada, estructurada, madurada a través de múltiples manos, hasta llegar a ser lo que hoy llamamos la *Ilíada* y la *Odisea*⁶.

Es patente, pues, que Vico era plenamente consciente de la novedad de su pensamiento: él había descubierto cómo funcionaba la creatividad humana en la antigüedad remota. Y por eso, puede afirmar que «a partir del descubrimiento del verdadero Homero se ponen en claro todas las cosas que componen este mundo de las naciones» (SN44 § 39). Su tesis central es que ciertamente hubo autores individuales, hombres físicos: alguien real tuvo que empezar a narrar historias. Pero eso no quiere decir que ese autor individual las dejase totalmente acabadas desde el inicio, que fuese el *autor* tal como lo son los escritores de nuestros días, sino que las narraciones orales y, más tarde, su lenta y progresiva fijación por escrito no son fruto de ese individuo inicial, sino de una tradición –de un conjunto de individuos frecuentemente anónimos–, que continuamente modifica las narraciones hasta que, tras varios siglos, quedan fijadas. De este modo, obtenemos el texto canónico (normativo, auténtico), que atribuimos a un autor físico originario, pero que en realidad es fruto de muchas manos, de una larga tradición⁷.

6. Aunque la llamada cuestión homérica ya surgió en la Antigüedad, suele atribuirse el plantearimiento y formalización de esta cuestión a FRIEDRICH AUGUST WOLF en sus *Prolegomena ad Homerum* (1795). Nótese la genialidad de G.B. Vico, que se adelantó muchos decenios al plantearimiento moderno y a eso podemos añadir que las soluciones actuales a este problema no han hecho más que darle la razón a Vico: «Tampoco cabe el unitarismo radical que se figura a un poeta de mucho aliento componiendo estas epopeyas al modo de la creación individual, como en la literatura moderna [...]. De esta gestación lenta quedan vestigios en la propia forma épica y también en los estratos lingüísticos detectables» (LUIS GARCÍA IGLESIAS, *Los orígenes del pueblo griego*, Síntesis, Madrid 2000, p. 245).

7. Nótese que, para Vico, las obras no son meramente *colectivas*, o sea, fruto del “espíritu del pueblo”, sino obras de personas singulares dentro de una tradición (los helenos, en este caso). Esos extraños abstractos como “voluntad general” o “espíritu del pueblo” son totalmente ajenos al pensamiento de Vico. Incluso el sentido común es conocimiento sapiencial –sabiduría práctica– que poseen los *individuos singulares* dentro de una tradición común: «El criterio que se usa

b) “Auctor” frente a “autor”

Es importante notar que el descubrimiento viquiano del verdadero Homero no se limita al caso concreto del poeta griego. En realidad, Vico se hizo consciente del modo en que la autoría era entendida en la Antigüedad. Y de ahí podemos obtener una primera conclusión: la separación entre los conceptos de *auctor* y *autor*.

En efecto, podríamos representar simbólicamente la diferencia entre la autoría del mundo antiguo y la de nuestro mundo mediante la oposición entre el vocablo latino *auctor* y el español *autor*. En ámbito literario, entendemos por autor la persona que escribe la obra, digamos, de su puño y letra, y que, por tanto, es responsable de todo lo que allí se dice y cómo se dice. En latín, por el contrario, el término *auctor* tiene un sentido mucho más amplio. Esta palabra, *auctor*, es un sustantivo verbal de *auctum*, supino del verbo *augeo*: hago crecer, hago aumentar, fomento, impulso, promuevo... Por eso, el *auctor* es aquél que, en algún modo, es causa de que algo se inicie o se haga; y ese «ser causa» puede ser porque hace la cosa o la produce, o simplemente porque influye con su acción o autoridad o mandato o consejo o impulso o persuasión o ejemplo. En suma, el *auctor* es el que inicia o impulsa o promueve o incrementa o hace o manda hacer una obra de cualquier tipo⁸.

Así pues, el concepto de autoría y originalidad en el mundo antiguo era mucho más difuso que para nosotros. En la enseñanza, la autoridad del maestro era clara, pero los textos que escribía no eran para la publicación, sino para ser leídos en voz alta y explicados y discutidos durante las lecciones o audiciones⁹. Se trataba, pues, de notas o apuntes del maestro que estaban redactadas en forma sencilla, no literaria, para ser leídas en voz alta y discutidas con sus discípulos. Esas discusiones podían ser anotadas en el texto, e integradas en él en las siguientes copias.

es que lo que es sentido como justo por todos o la mayor parte de los hombres debe ser la regla de la vida social» (SN44, § 630).

8. Cfr. la voz *auctor* en AEGIDIUS FORCELLINI et al., *Lexicon totius latinitatis*, Patavii 1864-1926, <<http://lexica.linguax.com/forc2.php>>. Cuando escribe en latín, Vico usa el término *auctor* en sentido latino. Así, en el *De antiquissima*, se afirma: «Deus omnium motuum, sive corporum, sive animorum, primus Auctor», (p. 111). Y por ser *auctor* hay que atribuirle el inicio de la obra, no la obra completa, con todos sus posibles defectos y maldad.

9. Los peripatéticos llamaban a las lecciones ἀκρόασις (audición, *auscultatio*), subrayando que se oía tanto la lectura como las explicaciones. Los latinos preferimos el término *lectio* (lección), subrayando que hay un texto base que se lee.

Toda esa tarea estaba facilitada por el soporte material de las obras: el rollo de papiro. Por su fragilidad, los papiros no pueden ser muy extensos, de modo que un estudioso, si encontraba un texto con muchas anotaciones de varias manos, a las que él mismo podía haber añadido otras, podía encargar a un copista una versión limpia que muchas veces incorporaría al texto las notas marginales, rectificaciones de redacción, etc.¹⁰.

Al ser un texto para la docencia que se discutía en común, no se consideraba propiedad literaria del maestro, éste ni siquiera le ponía nombre, sino que «dejaban a los discípulos la tarea de intitular sus propias obras»¹¹. Esos textos comunes, de escuela, eran usados por los discípulos principales que colaboraban en la enseñanza y la investigación. De este modo, los textos eran continuamente revisados por el maestro, pero también modificados por esos discípulos, especialmente cuando ellos también impartían lecciones.

Es más, los discípulos más importantes también contribuían con su producción a incrementar el acervo de la escuela, y así se formaba una amplia biblioteca que era patrimonio de la escuela, no propiedad literaria del maestro o de sus autores. Por ejemplo, refiriéndose a Demócrito, Mondolfo observa que «muchas de las obras que se recuerdan bajo su nombre [...] quizás formaban (como piensa Burnet) el *corpus* de la escuela, sin que fuese posible continuar distinguiendo los nombres de los autores individuales»¹².

Ahora bien, es muy importante tener en cuenta que esos *textos de escuela*, que eran continuamente revisados, estaban bajo la autoridad del maestro, aunque ya hubiera muerto hacía siglos. Por tanto, se trataba no de modificar sustancialmente la doctrina, sino sólo de clarificarla, explicitarla, concretarla, desarrollarla..., y siempre en continuidad doctrinal con el maestro y los anteriores discípulos. O sea, la intención que guiaba a una escuela era tener un cuerpo de doctrinas coherente, unitario, completo..., que se pudiera leer como un todo sin contradicciones internas. En definitiva, la unidad doctrinal y la continuidad de la escuela eran la guía que permitía seguir atribuyendo un

10. Los textos de extensión media, como B, Θ, I o Λ de la *Metaphysica*, tienen cada uno entre 500 y 550 líneas de Bekker, que viene a ser entre 5.000 y 5.500 palabras aproximadamente. Un texto muy largo, como Z llegaba a las 10.000 palabras aproximadamente. Nuestros actuales artículos de revista suelen tener, los breves, unas 8.000 palabras. Un copista sólo necesitaba un par de días para producir una nueva copia limpia a partir de un libro (rollo), de extensión media, usado para la enseñanza.

11. MARIO UNTERSTEINER, *Problemi di filologia filosofica*, Cisalpino-La Goliardica, Milán 1980, p. 3.

12. RODOLFO MONDOLFO, *El pensamiento antiguo*, Losada, Buenos Aires 1959, p. 57.

texto al maestro bajo cuya autoridad se inició. No obstante, como en toda obra humana, esto no impide que aparezcan anomalías o paradojas o incluso contradicciones, como sucede en un pensamiento vivo en evolución, pero siempre unitario, pues eso mismo puede suceder en pensadores de nuestro tiempo: que, en casos extremos, encontremos alguna contradicción interna en sus obras.

En resumen, los textos escritos no eran considerados una intocable propiedad literaria del maestro o de sus sucesores o de los discípulos que también contribuían con sus investigaciones y escritos, sino que pertenecía a la escuela¹³. Al ser propiedad literaria de la escuela y usados continuamente en la docencia, esos textos eran incesantemente modificados, o sea, clarificados, explicitados, completados, ordenados, articulados...; o por otro lado, resumidos, sea a partir de un único texto, sea fundiendo varios textos procedentes inicialmente del maestro. Cuando se consideraba que estaban maduros, se publicaban y pasaban a ser un texto canónico, un *textus receptus* fruto de un largo proceso de elaboración.

c) El concepto de “textus receptus”

La segunda conclusión, en conexión con la concepción viquiana de la autoría en el mundo Antiguo como *auctor*, es la necesidad de abandonar la idea de que hubo un *texto original* redactado por un autor, para sustituirla por la de *texto final*, iniciado por un *auctor* y modificado incesantemente hasta dar lugar al *textus receptus*¹⁴.

En efecto, la consecuencia más importante de este planteamiento es la sustitución del concepto de *texto original* por el de *textus receptus* (texto recibido). Éste es el auténtico texto, el horizonte insalvable, más allá del cual no

13. Cfr. GABRIELLA VANOTTI, «Introduzione», en ARISTOTELE, *Racconti meravigliosi*, Bombiani, Milán 2007, p. 16-17.

14. En cuanto a la universalidad de este procedimiento es necesario hacer un matiz. Ciertamente hay obras en la Antigüedad que no han sido sometidas a esos largos tiempos de producción por parte de diversas manos. Esto sucede sobre todo con las obras literarias artísticas. Por ejemplo, una tragedia era compuesta por su autor e inmediatamente representada. Por tanto, su texto se hacía público o incluso se publicaba: ése era el texto final. Igualmente en ámbito filosófico, cuando un pensador consideraba que su obra estaba madura podía publicarla, como hizo Aristóteles con sus textos exóticos. Evidentemente, ese texto publicado era el texto final, fruto, en este caso, no de muchas manos en un largo proceso, sino de un solo autor y en un tiempo breve.

puede irse. Tal como establecen las tesis viquianas, cuando retrocedemos en el tiempo, no encontramos *un texto original*, sino una tradición con múltiples autores: el buscado *texto original* simplemente *nunca existió*, lo que existió fue una comunidad que recibió, reelaboró y nos entregó un texto. Texto que, por tanto, no es el presunto original, es decir, el primer esbozo del autor que inició la tradición, sino un texto pleno, maduro, elaborado durante siglos: el *textus receptus*. Una presunta reconstrucción de texto original es una marcha hacia la nada, puesto que tal presunto texto original simplemente *nunca existió*. El verdadero texto, el texto auténtico, no se encuentra en el principio, sino al final: no es el punto de partida, sino el *resultado* de una tradición.

Para entender lo que es el proceso de creación literaria, hay que separar cuidadosamente, aunque se entrelacen entre sí, los procesos de creación literaria de los procesos de transmisión textual. Por eso, la crítica literaria y la crítica textual son dos ciencias distintas. La primera investiga la génesis de la obra, o sea, cómo se formó la obra que nosotros consideramos canónica (sea la aristotélica, sea cualquier otro *corpus* de la antigüedad); es decir, quién la escribió, cómo fue modificada, cuándo, en qué circunstancias históricas, cuándo concluye su proceso de elaboración... La crítica textual, por el contrario, ha de buscar establecer las mejores lecturas del texto literario a través de la colación de manuscritos (formación del *stemma*, etc.). Digo que se entrelazan porque una obra literaria ha de estar en un soporte material, aunque, en un mundo sin imprenta, es evidente que nunca habrá dos soportes con idénticos textos. Pero eso no obsta para que la literaria y la textual sean dos operaciones distintas: una cosa es la formación de la obra literaria y otra, la transmisión del texto formado. Y lo que Vico nos dice es que la crítica literaria nos ha de señalar cuál es el *textus receptus*, o sea, cual es la obra final que ya es canónica y no puede cambiarse, mientras que la crítica textual busca establecer no el texto original (que, insisto, ni existe ni existió), sino la mejor lectura a partir de la multiplicidad de manuscritos, o sea, constituir el auténtico *textus receptus*¹⁵.

A fin de evitar malentendidos, quiero hacer notar explícitamente que no uso la expresión *textus receptus* como a veces se utiliza en crítica textual (no

15. Por eso, en el presente artículo no es necesario mencionar que los manuscritos pasaron de Aristóteles a Teofrasto, de éste a Neleo de Scepsis, que los descubrió Apelcón... Sólo quiero señalar que, en realidad, hubo muchas copias y circulación de las obras de Aristóteles antes de su “descubrimiento” en el siglo I a.C. Había copias en Atenas, Rodas, Alejandría, Pergamo, Ámisos... y muchas en manos de peripatéticos, particulares...

literaria) para referirse a un códice concreto que haya llegado hasta nosotros y que, antes del nacimiento del método Lachmann, se tomaba como base para una edición. Me refiero, por el contrario, a la obra literaria, que una comunidad asume como propia y valiosa, que la va modificando hasta que la considera suficientemente acabada y pasa entonces a ser el *textus receptus*, el texto literario final, o sea, la *obra canónica* ya no modificable. Por supuesto, siempre queda la tarea propia de la crítica textual: establecer las mejores lecturas y fijarlas en una edición crítica o ecléctica.

2. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN: EL *CORPUS ARISTOTELICUM*

En mi opinión, las ideas de Vico sobre el proceder del espíritu humano son probablemente la mejor exposición que hoy tenemos para dar razón de cómo funcionan internamente los procesos históricos de la humanidad y, en concreto, cómo se llevaba a cabo la producción literaria en la Antigüedad. Como acabo de citar: se ponen en claro todas las cosas que componen este mundo de las naciones.

En consecuencia, pienso que la aplicación de las ideas viquianas para una adecuada comprensión de la historia literaria de las obras de la antigüedad es una opción que no se debe descuidar. Es más, estoy convencido que obtendremos una nueva comprensión más profunda y adecuada de lo que históricamente ha sucedido y de cómo nosotros hemos de leer y vivir esos textos recibidos¹⁶.

En el presente escrito, mi intención es usar las ideas viquianas, relativas al descubrimiento del verdadero Homero, a fin de entender los procesos de creación literaria del mundo antiguo, en lo que se refiere a uno de los grandes *corpora* de nuestra cultura: el *Corpus aristotelicum*¹⁷.

16. Esta tarea –usar las ideas de Vico para entender la historia– forma parte de un proyecto en el que llevo trabajando desde hace tiempo. Entre los resultados de esta labor, se halla la interpretación de la historia de Europa en dos ciclos viquianos, con la subsiguiente tripartición de cada ciclo en las tres edades viquianas: de los dioses, de los héroes y de los hombres. Cfr. «Una relectura de la historia de Europa en dos ciclos viquianos», *Cuadernos sobre Vico*, 35, 2021, pp. 31-63; y también «Vico e l'Europa: una nuova interpretazione della storia europea», *Il Contributo*, 4-1, 2024, pp. 127-148. Y sobre la aplicación de *la discoverta del vero Omero* a la intelección de los *corpora* de la antigüedad, vid. «Prosiguiendo a Vico: el descubrimiento de la verdadera Biblia», *Alvearium* (en prensa), cuyo primer apartado he seguido de cerca en la redacción del primer punto del presente artículo.

17. Creo, además, que valdría la pena realizarla respecto a muchos de los *corpora* que la antigüedad nos ha legado, pues puede arrojar mucha luz sobre su creación literaria, sobre el sentido

El tema del *Corpus aristotelicum* es un mar proceloso sin faros ni orillas. Parece uno de los temas que jamás podremos manejar de modo medianamente aceptable. Tras varios siglos de discusiones sobre la autenticidad de las obras, su cronología, la fijación del texto (con abundantes eliminaciones como hace Ross o añadiduras más o menos arbitrarias), no se ha conseguido establecer un resultado satisfactorio. Incluso me atrevería a decir que nada es seguro, ni siquiera lo que se considera seguro, como que Andrónico de Rodas publicó en Roma en torno al año el 30 a.C. lo que hoy día llamamos *Corpus aristotelicum*, pues bien pudo ser en el 80 a.C. en Atenas (o incluso cabe la posibilidad, aunque remota, de que no haya hecho tal edición).

La idea subyacente a todo ese planteamiento es que hay un *Aristóteles histórico* que hay que reconstruir. Y eso significa reconstruir el *texto original*, el que salió acabado de las manos de Aristóteles, que ciertamente no redactó en modo literario para su publicación, pero es, al menos, lo que él nos dejó escrito. Y, en consecuencia, consideramos que el texto que habría que recuperar, editar y traducir es ese *texto original* que salió de la manos de su autor¹⁸.

Pienso que esa idea subyacente es errónea. Se impone un cambio total de metodología para conseguir aclararnos en esta cuestión; o mejor dicho, un cambio radical de perspectiva, pues la base sobre la que se ha trabajado no ha sido bien planteada. Como he dicho, la consecuencia más importante del tipo de investigación «*discoverta di...*» es la eliminación de la idea de *texto original* de un autor, para sustituirla por la de *texto recibido* de una pluralidad de manos, tal como hemos explicado en el apartado anterior (1, c).

En el breve espacio del presente artículo, es imposible entrar en el detalle de la formación literaria del *Corpus aristotelicum*, pero al menos intentaré mostrar, en líneas generales, que dicho *Corpus* no se puede atribuir *exclusivamente* a Aristóteles, sino que también, en gran medida, es fruto de las reelaboraciones y estructuraciones de los peripatéticos y fue publicado por ellos. Y por eso, es decisivo darse cuenta de que no existe –ni existió– la obra «original»

de su recepción y sobre la lectura que de ellos debemos hacer, si queremos obtener una intención más plena. Esa misma tarea fue realizada por Vico para otros autores; en concreto, escribió *Discoverta de vero Dante ovvero nuovi principi di critica dantesca* (*Opere*, pp. 950-954). Traducción española de MARÍA RODRÍGUEZ LORCA: «Descubrimiento del verdadero Dante o nuevos principios de crítica dantesca», *Cuadernos sobre Vico*, 37, 2023, pp. 291-299.

18. Esta es una de las tesis centrales subyacentes en la famosa obra de WERNER JAEGER, *Aristoteles, Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*, Weidmann, Berlin 1923.

del Estagirita, sino que el auténtico «original» es el *textus receptus*, a lo que cabe añadir que Aristóteles no fue su *autor*, sino su *auctor*, en el sentido expuesto anteriormente (1, b).

3. ¿QUÉ SABEMOS DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA DE ARISTÓTELES?

Hoy día nuestro *Corpus aristotelicum* consta de 108 libros (rollos, *volmina*), que se articulan en 32 tratados o, simplemente, se agrupan bajo 32 títulos¹⁹. La idea que habitualmente se transmite es que esos fueron los textos elaborados por Aristóteles para sus lecciones (los esotéricos o acroamáticos) a diferencia de los que publicó (los exotéricos), que los hemos perdido. Queda claro, pues, que las obras que Aristóteles quiso dar a conocer no nos han sido transmitidas. Por el contrario, las obras que no quiso divulgar son las que han llegado hasta nosotros.

No obstante, quedaría, según se piensa habitualmente, que hasta nosotros ha llegado el auténtico Aristóteles y nuestras investigaciones literarias han de dirigirse a la reconstrucción del texto original y del auténtico pensamiento del personaje histórico en sí mismo, despojándolo de las adhesiones de la tradición. Se trataría, pues, de reconstruir el genuino pensamiento del Estagirita, tal como él lo plasmó en sus obras originales, redactadas por él en diversos períodos de su vida. De sobra son conocidas las propuestas de Jaeger, Wundt, Oggioni, Reale..., todos ellos centrados en la recuperación del Aristóteles genuino, guiados por la idea de reconstruir el *texto original*. Sin embargo, tras una amplísima discusión, que dura ya dos siglos, sobre la autenticidad, cronología, texto originario, articulación de los tratados... no se ha llegado a nada fijo y estable. La reconstrucción del *Aristóteles original* sigue totalmente abierta.

19. Los números que doy son siempre aproximados o estimativos, pues nuestros 108 libros podrían disminuir a 107, si le restamos el cuarto libro de los *Meteorologica* (que casi seguro sí es de Aristóteles), o subir a 109 si le sumamos el libro *Oeconomica* (casi seguro no es de Aristóteles); o incluso a 111 si le sumamos los dos libros de *Magna moralia*, hoy considerados por muchos auténticos, aunque otros estudiosos –entre ellos yo mismo– consideran que no son de Aristóteles, sino un texto elaborado incluso un par de siglos después del Estagirita, a partir de sus libros éticos, por un peripatético con tendencias estoicas. Dejo de lado la veintena de obras que nos han llegado en forma de citas fragmentarias, en algunos casos abundantes y extensas –el *Protríptico*–, en otros, unas pocas líneas.

a) Los catálogos

Esta situación y el conocimiento seguro de que hay textos perdidos (los exóticos) conduce inexorablemente a interrogarnos sobre la situación inicial: ¿qué noticias tenemos sobre la producción literaria de Aristóteles? ¿Qué obras nos dejó el Estagirita en el 322? Para hacernos cargo de esa situación, disponemos hoy día de tres catálogos antiguos que buscan enumerar la totalidad de las obras del Aristóteles histórico²⁰.

El catálogo más antiguo es de Diógenes Laercio (225-250 p.C.), que se basó principalmente en el catálogo procedente de Aristón de Ceos (cuarto escolarca del Liceo, 228-225 a.C.). Este catálogo enumera 551 libros, agrupados en 147 títulos²¹. Entiéndase que cada libro es un rollo de papiro (*volumen*, en latín) y cada título es un nombre que abarca varios libros (o uno solo). Así, por ejemplo, tenemos en Diógenes unos *Analíticos primeros* que contienen 9 libros (rollos, *volumina*).

El segundo catálogo en antigüedad nos lo ha transmitido Hesiquio de Mileto (VI p.C.), basado en un catálogo anónimo, muy antiguo, probablemente del siglo III a.C. Este catálogo nos da unos 739 libros, agrupados en 197 títulos.

El tercer catálogo es el más reciente. Nos lo ha transmitido una fuente árabe del siglo XIII (Usaybía, *Fuentes de información sobre las biografías de los médicos*), que, cuando escribe la vida de Aristóteles, menciona como su fuente a Ptolomeo al-Garib, o sea, el Extranjero. No se ha podido determinar quien fue este autor, pero se supone que fue un griego que vivió en Alejandría entre el s. I y el III p.C. Este catálogo tiene unos 725 libros, agrupados en 105 títulos.

20. Estos catálogos han sido editados por diversos estudiosos. He consultado las ediciones de VALENTIN ROSE, en *Aristotelis opera*, vol. V. *Aristotelis qui ferebantur librorum fragmenta. Scholiorum in aristotelem supplementum. Index aristotelicus*, Typis et impensis Georgii Reimeri, Berlín 1870, pp. 1463-1473. Y la de OLOF GIGON, en *Aristotelis opera*, vol. III. *Librorum deperditorum fragmenta*, Walter de Gruyter, Berlín 1987, pp. 19-45. Sigo preferentemente esta edición.

Sobre los catálogos, el estudio más completo y sólido sigue siendo el de PAUL MORAUX, *Les listes anciennes des ouvrages d'Aristote*, Éditions Universitaires de Louvain, Lovaina 1951.

21. Igual que comenté para nuestro actual *Corpus aristotelicum*, las cifras son aproximadas, pues en los catálogos hay títulos repetidos o los manuscritos discrepan en el número de libros que caen bajo un mismo título, etc. Pero, en definitiva, las variaciones numéricas para cada catálogo son pequeñas y son aproximadamente las que señalo en cada caso.

Igualmente simpliflico señalando lo más probable en cuanto al tiempo y origen de los catálogos. Cabría la posibilidad –aunque remota– de que, en este catálogo, hubiera intervenido Hermipo de Esmirna, también del III a.C.

Es importante notar que, además de la notable diferencia en la cantidad de títulos y libros, los títulos de las principales obras no coinciden. Igualmente tampoco coindice el orden en que se mencionan²². Tan sólo podemos ver una cierta concordancia (no identidad total) en los primeros 24-28 títulos, que responden más o menos a las obras publicadas, las exóticas.

Es evidente que estas notables discrepancias de los antiguos catálogos entre sí y de ellos con nuestro actual *Corpus* ha de ser objeto de evaluación.

b) La cuestión de la cantidad de libros

Comencemos por el número de libros (rollos). Lo que podemos dar por seguro es que, por lo general, las diversas unidades (libros, rollos) proceden de Aristóteles²³. El rollo era la unidad física con que se trabajaba en la antigüedad. Cada libro era un rollo de papiro, cuya longitud podía variar mucho, pero los de uso en las escuelas tenían por lo general unos 5-7 m y unas 25-35 *plagulae* (folios u hojas de papiro, unidas por el lado largo). De este modo, cuando un autor quería tratar un tema, o se atenía a la longitud de un rollo –ciertamente variable, pero dentro de ciertos límites–, o tenía que dividir su exposición en varios libros (rollos). En pocas palabras, el rollo era la unidad física de trabajo, sea independiente sea dentro de un todo.

Como sabemos por los catálogos, al morir Aristóteles el Liceo tenía más de 700 libros (rollos), cuya paternidad se atribuía a Aristóteles. (El catálogo de Diógenes con sus 550 libros era considerado, ya desde la antigüedad, como incompleto). De estos 700 libros Aristóteles tan sólo había editado una veintena (las obras exóticas). El resto eran fundamentalmente *λόγοι* (discursos), de los que nos ha llegado una pequeña parte. Dado que solamente conservamos 108 libros, hemos de admitir que sólo disponemos del 15% –con toda seguridad menos del 20%– de las obras atribuidas al Estagirita.

Respecto a esa drástica reducción o pérdida de libros, hay que tomar conciencia de que se ha perdido la totalidad de las obras que Aristóteles quiso

22. «La que transmite el anónimo [Hesiquio], incluso antes de que se anexe el apéndice, presenta ya modificaciones serias y algunas divergencias importantes, amén de la disposición ordinal casi totalmente distinta de las obras» (FERNANDO SEBASTIÁN MANRIQUE, «De Aristotelis operibus et vitis inquisitio», *Revista de Estudios Clásicos*, 37, 2010, p. 174).

23. Cfr. UNTERSTEINER, *Problemi*, p. 43. Eso no impide que haya excepciones como las *Categoriae*, que proceden de la fusión de tres libros, o los libros M-N de la *Metaphysica*, que son, doctrinalmente, un único libro, pero en dos rollos a causa de su longitud.

publicar, o sea, las que fueron públicas y difundidas. Ciertamente tenemos fragmentos, pero son citas, hechas normalmente de memoria por autores posteriores, pues no ha habido una transmisión regular del texto (de copista a copista). En suma, lo que Aristóteles quiso que todos conociéramos es precisamente lo que no tenemos.

Es claro, pues, que solamente conservamos los textos que la tradición, o sea, los peripatéticos, juzgaron que eran dignos de ser transmitidos, sc. copiados continuamente²⁴. Esa drástica selección arroja un primer resultado: el Aristóteles que hemos recibido no es el Aristóteles histórico, la persona real que vivió entre el 384 y el 322, sino un aspecto suyo, una faceta determinada de su producción literaria. En concreto, se trata de sus textos relacionados con la enseñanza del Liceo, pero ni siquiera todos ellos, pues la cifra de estos textos perdidos sigue siendo superior al 80%, dado que los diálogos publicados son una veintena, lo cual no altera el porcentaje de obras perdidas.

En suma, podría haber sucedido que la tradición no hubiera transmitido nuestros 108 libros (rollos), sino otros de los 700 libros que se atribuía al Maestro. Tendríamos entonces “otro Aristóteles”. Esta primera situación hace patente que el peso de la tradición no es una cuestión menor o secundaria. E insisto, las obras que Aristóteles consideró dignas de ser transmitidas son las que se han perdido; las que conservamos son unas pocas de las que no quiso publicar.

c) La cuestión de los títulos

Como he comentado, los diversos catálogos –y nosotros actualmente– agrupan varios libros bajo el mismo título, indicando así que constituyen un tratado unitario o una cierta unidad. Diógenes Laercio nos ofrece una lista de 147 títulos; Hesiquio, 197 títulos, de los cuales 132 coinciden con Diógenes, pero curiosamente no los principales. Al-Garib da 105 títulos, que son los que más se aproximan a nuestro actual catálogo de 32 títulos.

De esta paradójica situación se puede deducir que Aristóteles dejó sus 700 volúmenes quizá más o menos agrupados por temáticas, bajo un nombre

24. La fragilidad de los papiros hacen imposible una conservación en condiciones normales, de ahí que hayan desaparecido los que no se copiaron continuamente. En condiciones de uso habitual, un papiro se deteriora y se vuelve ilegible en un centenar de años. De hecho, sólo la *Constitución de los atenienses* (y no entera) se ha conservado en un papiro de inicios de nuestra era, encontrado en El Cairo (clima seco...). El pergamo más antiguo con textos completos de Aristóteles es, aproximadamente, del último tercio del siglo IX.

genérico para cada caso, pero ciertamente sin que constituyeran auténticas obras, o sea, diversos tratados en sentido estricto. Si Aristóteles hubiera fijado los libros pertenecientes a cada tratado y su orden, no tendríamos discrepancias tan notables en los antiguos catálogos, ni tendríamos una lista de libros dispersos, ni tendríamos notables ausencias de las obras más importantes. Hemos de esperar a la edición que hizo Andrónico de Rodas en Roma, en torno al 30 a.C., para tener un conjunto de tratados muy semejante a nuestro actual *Corpus*, que tiene títulos bastante discrepantes de los catálogos antiguos, sobre todo en los tratados principales.

Podemos examinar cuatro casos concretos de obras importantes.

i) Órganon (y sus tratados)

La primera mención que tenemos del *Órganon* como una exposición ordenada y sistemática viene de Alejandro de Afrodisia (s. II-III p.C.). La idea de que hay un instrumento (*órganon*) del pensar no es aristotélica, sino estoica, y se formó en las discusiones de la segunda mitad del s. II a.C., donde destaca la figura de Posidonio de Apamea (135-51 a.C.). En realidad, la idea que hay en los textos (*Rhetorica I, 2*) es que hay tres temas de la investigación: el lenguaje, la naturaleza y las costumbres, pero no se halla el concepto de un *instrumento del pensar*. Esa concepción la asumieron los peripatéticos de los estoicos a fin de organizar un conjunto de libros (rollos) en un cuerpo doctrinal.

Si atendemos a los tratados concretos, se aprecia que *Categoriae* es en realidad tres textos heterogéneos y mal fundidos. Los *Analytica* siempre son mencionados en el *Corpus* como una unidad, o sea, no se distinguen entre *priora* y *posteriora*, cosa que sí hacen los catálogos, pero dando distinto número de libros. Para los *Analytica priora*, Diógenes da 9 libros; Hesiquio da dos títulos, uno con 9 libros y otro con 2; Al-Garib no los menciona. Para los *Analytica posteriora*, Diógenes y Hesiquio dan dos libros; y Al-Garib no los menciona, pero elenca unos *Analytica* sin más precisión en 2 libros, que no se pueden identificar. Por otro lado, *Topica* son al menos tres grupos de libros (rollos) independientes: el primero, los 6 siguientes y el último. Esos ocho libros acabaron uniéndose en un tratado único de título inadecuado.

También podemos señalar que incluso los tratados que forman parte del *Órganon* varían según las tradiciones. Nosotros, los latinos, excluimos la

Rhetorica del *Órganon*, mientras que los árabes (con razón) la incluyen. Y según otros autores, la *Poetica* forma parte del *Órganon*²⁵.

ii) Metafísica

Sabemos con toda certeza que esta obra no fue compuesta por Aristóteles, ni hay rastros de que fuera un proyecto suyo. Es seguro que inicialmente circularon libros sueltos o por pares. Así tenemos dos libros Z-H que forman una unidad literaria, o igualmente M-N. En ambos casos, cada par es un único libro (o investigación), escrito en dos papiros a causa de su extensión, y cuya división es meramente extensional (el texto pasa de un rollo al siguiente sin un claro cambio de temática). Es más, sabemos que, posiblemente a finales del s. III a.C., circuló una edición de la metafísica en 10 libros, no en 14 como la nuestra, pero que tampoco respondía en absoluto a una voluntad del Estagirita.

Si Aristóteles no compuso el tratado, ¿qué realizó al respecto? El Estagirita llevó a cabo una serie de investigaciones que se fueron plasmando en libros independientes. Incluso sabemos que algunos fueron considerados inicialmente por los peripatéticos como asuntos de temática ajena a la metafísica y, por eso, la primera edición sólo contenía 10 libros, según el testimonio de Hesiquio, o incluso sólo 9 (faltaban A, a, Δ y K, y quizás Λ). Y a eso hay que añadir que K es espurió: son esbozos de lo que sería después Beta (K 1-2), Gamma (K 3-6) y Epsilon (K 7-8); y una segunda parte copias literales o resúmenes de la *Physica* I, III, V. Además, la inserción en segunda posición de un alfa minúscula (entre A y B) indica que es una inserción tardía, posiblemente del siglo I o II p.C., o sea, posterior a la edición de Andrónico.

Por otro lado, es sorprendente, como afirma Berti, que «no haya citas seguras de la *Metafísica* anteriores a Alejandro de Afrodisia, que la comentó en torno al 200 p.C.»²⁶. Y la mención que de ella se hace en los catálogos es problemática. Hay que tener en cuenta que todos los catálogos fueron transmitidos por autores tardíos (Diógenes s. III p.C.; Hesiquio s. VI; y Usaybía s.

25. Así TOMÁS DE AQUINO, *In Analytica posteriora*, Editio leonina, Roma 1882, I, lt. 1, n. 6.

26. ENRICO BERTI, «Introduzione», en Aristotele, *Metafísica*, Laterza, Bari-Roma 2017, p. XV. El comentario (en verdad, un resumen) que se atribuía a Nicolás de Damasco (s. I p.C.) «ha sido recientemente pospuesto al siglo IV» (BERTI, «Introduzione», p. XV). Cfr. SILVIA FAZZO, «The Metaphysics from Aristotle to Alexander of Aphrodisias», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 52, 2012, pp. 51-68.

XIII) y sabemos que han sufrido continuas modificaciones e incluso añadiduras en apéndice, como el catálogo de Hesiquio. Éste último menciona como obras distintas una Μεταφυσικὴ κ (o sea, *Metafísica* en 10 libros) y una Τῆς μετὰ τὰ φυσικὰ ι (o sea, 9 libros *De más allá de la física*)²⁷.

De todo esto resulta claro que Aristóteles jamás concibió la idea de un tratado de metafísica, ni dejó unos libros en un orden determinado²⁸, y ni siquiera dejó algunos sin orden pero bajo ese título. La *Metafísica* es obra de una tradición, que ha ido formando la obra a lo largo tres siglos, incluso dos más, si tenemos en cuenta la tardía adición de alfa minúscula²⁹. A este respecto, comenta Silvia Fazzo: «De hecho, no tenemos testimonios anteriores a Alejandro de Afrodisia, el comentador griego por excelencia, del texto de la *Metafísica* que nosotros conocemos actualmente. La *Metafísica* en cuanto tales, pues, el producto de la historia, es decir, el producto de varios siglos de historia. Sin tradición no existiría la *Metafísica*»³⁰.

Es muy importante comprender esta perspectiva, para entender la carencia de sentido que tienen las discusiones sobre la reconstrucción de la *auténtica Metafísica* del Aristóteles histórico: se debate sobre la ordenación de los libros; la inserción o exclusión de K; si Δ está colocado en la posición correcta o no; si el vocabulario de Δ es metafísico, a pesar de que faltan muchos términos metafísicos y se incluyen peregrinas discusiones sobre si un calvo es un mutilado o no; por qué Aristóteles, para *acto*, en unos libros emplea exclusivamente ἐνέργεια, en otros ἐντελέχεια y en otros ambos. Incluso grandes especialistas que han investigado sobre esta obra no han conseguido librarse de la “superstición” de *texto original* que hay que recuperar, como ha observado Untersteiner:

27. Como es lógico, se han dado varias soluciones para esta duplicidad. Por ejemplo, considerarla un simple error del autor del apéndice, que no se dio cuenta de que ya estaba incluida la *Metaphysica* en el catálogo. Sin embargo, no deja de ser llamativo que los títulos y el número de libros no coincidieran. Quizá, como en el caso de las *Éticas*, dos tradiciones distintas formaran sendos tratados distintos, con variaciones en los libros contenidos.

28. Muchas veces se ha intentado sostener que ese orden quizás procediese de Aristóteles, pero no tenemos el mínimo indicio a favor de esta tesis, como dice BERTI: «No tenemos motivos para sostener que fuese el orden querido por Aristóteles» (ENRICO BERTI, *Struttura e significato della Metafísica di Aristotele*, EDUSC, Roma 2006, p. 24).

29. Sin detenernos en otras cuestiones menores, aunque, a veces, no tan menores, como la problemática inserción del famoso texto Θ 6, 1048 b 18-34, clave para la distinción entre ἐνέργεια τελεία y ἐνέργεια ἀτελής.

30. SILVIA FAZZO, «*Ousía* comme nom déverbal dans la philosophie première d’Aristote», *Xápra (Chóra)*, 18-19, 2020-2021, p. 225.

«Jaeger vio que la *Metafísica* está constituida por varias obras singulares. [...] Sin embargo, no consiguió librarse de la tradicional convicción de que Aristóteles hubiese escrito una *Metafísica*»³¹, de ahí que hubiera discutido –y aún hoy se debate– sobre la evolución del pensamiento de Aristóteles en el conjunto de la *Metafísica*, e incluso en el interior de cada libro.

iii) Física

Digamos brevemente que Aristóteles tampoco concibió un tratado de física o una ciencia unitaria sobre cuestiones básicas del mundo natural. Simplemente hizo investigaciones sobre cuestiones concretas que se plasmaron en libros independientes. Así tenemos un libro *De principiis*, que luego se integró en la *Physica*, como libro primero; un estudio sobre el concepto de naturaleza, que se colocó en segundo lugar; un libro con temática doble: el movimiento y el infinito (libro III); otro sobre el lugar, el vacío y el tiempo (libro IV); dos libros sobre el movimiento, que pasaron a ser el V y VI; y dos libros distintos entre sí sobre los motores del orbe, o sea, dos versiones independientes que se integraron como libros VII y VIII, formando un doblete repetido, pero con variaciones doctrinales.

En suma, tenemos un tratado compuesto a lo largo de varios siglos por los peripatéticos y totalmente ajeno a la intención del Aristóteles histórico.

iv) Éticas

Un caso curioso es el de las *Éticas*. Dejemos de lado la *Magna moralia*, por ser una obra que, en mi opinión, no es auténtica, aunque esté presente en el catálogo de Ptolomeo, pero totalmente ausente de los otros dos³². Aparte de

31. UNTERSTEINER, *Problemi*, p. 40.

32. Las discusiones sobre su autenticidad son infinitas. En realidad, es una obra compuesta un par de siglos después de la muerte de Aristóteles por un peripatético con influencias estoicas. Incluso los partidarios más acérrimos de su autenticidad, como Aubenque, reconocen que «si el trabajo [*Magna moralia*] parece haber sido redactado por un discípulo posterior, éste ha utilizado sin duda alguna los “apuntes”, quizás muy antiguos, de Aristóteles mismo» (PIERRE AUBENQUE, *La prudencia chez Aristote*, PUF, París 1963, p. 3, nota 3). Me parece que es muy forzado atribuir a Aristóteles la autoría de una obra que él ni escribió, ni inició, ni mandó hacer, sino que un par de siglos después a alguien se le ocurrió redactar, basándose en textos del Estagirita. (Aparte de que es un autor que hace demasiadas afirmaciones peregrinas como ésta: «Nadie es alabado por ser sabio (*σοφός*) ni por ser prudente (*φρόνιμος*)» (MM I, 4, 1185 b 10-11)).

ella, tenemos dos tratados sobre el mismo tema: uno, la *Ética eudemia* en 8 libros y otro, la *Ética nicomáquea* en 10; y además ambas *Éticas* contienen tres libros idénticos, aunque en posición distinta.

Una vez más el análisis detallado nos dice que Aristóteles no compuso esos tratados. Dejó un conjunto muy amplio de discursos (*lógoi*) sobre moral, o sea, sobre las costumbres y el comportamiento humano. La idea de un tratado de ética es ajeno al Aristóteles histórico. Todo lo más que puede decirse es lo que afirma Carlo Natali: «La *Etica Nicomachea*, al igual que las otras éticas, no es fruto directo de su autor, sino una recolección de *lógoi*, o sea, de lecciones, muy probablemente realizadas por Aristóteles en el Liceo»³³.

Según la tradición, fue Teofrasto, quien, en las postrimerías del siglo IV a.C., organizó diez de esos “discursos éticos” en una obra que se llamó *Ética nicomáquea*. Sin embargo, no deja de ser curioso que esa *Ética* esté ausente del catálogo de Aristón de Ceos, cuarto escolarca del Liceo (ahí tendría que haber una o varias copias de esa supuesta *Ética nicomáquea*). Aristón, estrictamente hablando, no cita ninguna ética, aunque sí cinco libros *De [asuntos] éticos* (Ηθικῶν, en neutro genitivo plural). Bien pudieran ser los cinco libros de la *Ética eudemia*, antes de que otro peripatético le añadiera los tres libros duplicados.

La situación en los catálogos es la siguiente. Diógenes: 5 libros *de [cuestiones] éticas* (ἡθικῶν); Hesíquio: 10 libros *de [cuestiones] éticas* (ἡθικῶν); Ptolomeo: *Ética eudemia* en 8 y *Magna moralia* en 2 libros (ausente en los demás catálogos), pero en ninguno hay una *Ética nicomáquea*, y hay que tener en cuenta que el catálogo de Ptolomeo es posterior a Andrónico, o sea, a la edición canónica del mundo antiguo.

Si evaluamos la situación, una vez más tenemos el mismo resultado. Diversos peripatéticos, a lo largo de al menos tres siglos, han ido articulando los *lógoi* de Aristóteles sobre cuestiones éticas en diversos tratados, que circularon en versiones diversas de 5, 8 y 10 libros.

Hacerse cargo a fondo de esta idea evita discusiones absurdas sobre si los tres libros repetidos pertenecen a una *Ética* o a otra, pues no hubo ninguna

33. CARLO NATALI, *Aristotele, Etica Nicomachea*, Rusconi, Milano 1999, p. III. Igualmente T. IRWING (*Aristotle, Nicomachean Ethics*, Hackett, Indianapolis 1985): «Como la mayor parte de las obras del *Corpus* aristotélico, [EN] se trata probablemente de apuntes de conferencias de Aristóteles, editadas quizás después de su muerte» (p. XXI).

Ética escrita por Aristóteles a la cual pertenecieran originalmente esos tres libros. O sea, simplemente no pertenecen a ninguna, pues ninguna existía a la muerte de Aristóteles. Da igual que un peripatético los pusiera en su articulación de libros (por ejemplo, en la *Nicomáquea*), y luego otro los tomara y los añadiera en la suya. En realidad, es absolutamente indiferente dónde estuvieron en primer lugar.

E igualmente, no tener en cuenta esa secular formación literaria de las obras atribuidas al Estagirita provoca un desenfoque en la lectura de los textos. Desenfoque que es muy difícil de evitar, como en el citado caso de Jaeger, que siguió pensando siempre que Aristóteles había compuesto una *Metafísica*. En el caso de las *Éticas*, Fermani, una de las grandes especialistas en la ética aristotélica, traductora y editora de las tres *Éticas*, sostiene: «En las otras obras, Aristóteles se refiere a las *Éticas* mediante un genérico “en las *Éticas*” (ἐν τοῖς Ἐθικοῖς)»³⁴. Se trata de un error de perspectiva, que ya se refleja en el modo de editar el texto griego. Aristóteles no habla de Ἐθικοῖς (las *Éticas*), con mayúscula frente a las minúsculas (la letra minúscula no aparece en griego hasta el siglo IX p.C.). Aristóteles simplemente menciona con un neutro plural «las cuestiones éticas» o «los *logoi* éticos», pero no la *Ética nicomáquea* o la *Ética eudemia*, que simplemente no existían³⁵.

Podemos concluir este apartado relativo a los tratados del Estagirita afirmando que Aristóteles no fue el inventor del tratado filosófico, ni el autor de tratados de lógica, metafísica, física o ética. Ese Aristóteles simplemente no existió. El hombre que vivió entre el 384 y el 322 nunca concibió la idea de

34. ARIANNA FERMANI, «Saggio introduttivo», en Aristotele, *Le tre etiche*, Bompiani, Florencia 2018, p. CX.

35. Igualmente un especialista extraordinario, José Manuel García Valverde, que acaba de editar bilingüe en 2025 la *Ética nicomáquea*, fantasea que Aristóteles había escrito la *Ética eudemia*, y que «en sus últimos años de vida, el propio Aristóteles sometió la versión anterior de su *Ética*, la *EE* [Ética eudemia], a una profunda revisión que corresponde al escrito que conocemos con el título de *EN* [Ética nicomáquea] [...]. Es, pues, razonable suponer que allí [en el Liceo] tuvieran en cuenta el hecho de que había dos redacciones diferentes de la *Ética*, de modo que se vieran en la necesidad de distinguirlas en los títulos: la versión más reciente fue nombrada en honor a Nicómaco, junto con quien el texto había retornado a Atenas [desde Calcis], mientras que la más antigua lo fue en honor a Eudemo, que había permanecido todo el tiempo en el Liceo –dado que Teofrasto había escrito su propia *Ética*, carecía de sentido usar su nombre» (José Manuel García Valverde, «Introducción», en Aristóteles, *Ética nicomáquea*, edición de J.M. GARCÍA VALVERDE, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2025, pp. XXXVI-XXXVII).

un cuerpo articulado de conocimientos, sino sólo que se podían hacer –e hizo– discursos (*lógoi*) sobre cuestiones lógico-lingüísticas, naturales o éticas.

d) La cuestión del contenido textual

Por el momento, el resultado de esta exposición podríamos resumirlo simbólicamente diciendo que existieron dos Aristóteles: el *histórico*, autor de más de setecientos *lógoi* sobre diversas materias, y el *peripatético*, autor de 32 tratados científicos sobre lógica, metafísica... No obstante, alguien podría “consolarse”, sosteniendo que, al fin y al cabo, conservamos 108 libros tal como los escribió el Estagirita, digamos que de su puño y letra, y así, podríamos reconstruir fielmente una faceta importante del Aristóteles histórico. Según esa suposición, la labor de los peripatéticos se habría limitado a ordenar en 32 tratados los 108 libros (rollos) que seleccionaron como los dignos de ser transmitidos, sin tocar para nada el *contenido interno* de cada libro. Bajo esa inadecuada concepción, algunos grandes especialistas, como Berti, han llegado a afirmar que Andrónico de Rodas quizá trabajó sobre los textos originales escritos por la mano de Aristóteles 300 años antes³⁶. Según ese hipotético supuesto, tendríamos garantía de la autenticidad de las obras y su fidelidad en reflejar una importante faceta del pensamiento del Aristóteles histórico.

Sin embargo, las cosas no son así, ni mucho menos, pues la búsqueda del texto original no es más que un espejismo, resultante de nuestra actual concepción de la originalidad y la producción textual. Los escritos que atribuimos a Aristóteles siguieron los mismos procedimientos de producción literaria que los demás escritos de esa índole.

Numerosos estudiosos del *Corpus aristotelicum* han subrayado esa característica de los escritos que nos han llegado. Cada libro es un *λόγος* (*discurso*) en forma de *ὑπόμνημα* (*nota, apunte, pro memoria*), que fue continuamente modificado, no sólo por el Estagirita, sino también por sus

36. «Dopo la dispersione e la successiva riscoperta dei libri di Aristotele, Andronico di Rodi, alla fine del I secolo a.C., ne curò la prima edizione completa e sistematica. È probabile che egli abbia potuto servirsi di esemplari che risalivano direttamente alla scuola di Aristotele, se non addirittura allo stesso Aristotele, giacché i libri erano rimasti a lungo in possesso dei successori del Peripato» (ENRICO BERTI, *La filosofia del primo Aristotele*, CEDAM, Padova 1962, p. 6). Sirva como disculpa a esa peregrina afirmación que Berti la escribió cuando tenía unos veinticinco años, al inicio de sus investigaciones.

discípulos inmediatos e incluso por peripatéticos posteriores. Como sucedía con los escritos de escuela, los *ύπομνήματα* (notas) de Aristóteles eran el sustrato de los cursos que él impartía, pero no un sustrato “secreto” del Maestro, sino común a toda la escuela y a disposición de sus discípulos importantes. Por eso, sostiene Berti que «no eran obras escritas por Aristóteles con vistas a la publicación, sino textos que usaba para sus lecciones. Por tanto, eran en parte escritos por él, pero en parte podían tener también anotaciones, apuntes, hechos por sus oyentes o por sus discípulos»³⁷. Lo cual implica, como sostiene Untersteiner, que «Aristóteles habría dado a sus discípulos la posibilidad de usar sus obras antes de su publicación»³⁸. En suma, eran, pues, *obras en proceso*, obras inacabadas, sometidas a un continuo proceso de reescritura por parte del maestro y de sus discípulos.

José Luis Calvo ha insistido en que son *apuntes* (*ύπομνήματα*), «de ahí su estilo áspero, elíptico, conciso y repetitivo. De ahí también su carácter “abierto” que posibilitó que el propio filósofo o cualquiera de sus discípulos hasta la edición de Andrónico en el s. I a.C. (e incluso después) consideraran normal corregir, transponer, “completar” el texto con interpolaciones»³⁹. Hay que entender que no se trata de pequeñas interpolaciones, sino de redacciones nuevas, que se van superponiendo con otras más antiguas, que eliminan, corrigen, modifican... No sólo el plan general de un tratado carece de unidad interna, sino que cada libro, con frecuencia, no es un plan cerrado, sino que, sobre una base inicial (la primera versión), se han hecho modificaciones continuas que acaban alterando la fisonomía del primer esbozo del texto⁴⁰. Es, pues, patente, que diversas ediciones tenían variantes importantísimas del texto, lo que requeriría una edición unitaria, que fue precisamente la tarea que realizó Andrónico de Rodas⁴¹. De ahí que tengamos un efecto muy peculiar:

37. BERTI, *Struttura*, p. 24.

38. UNTERSTEINER, *Problemi*, p. 33.

39. JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ, «Introducción general», en *Aristóteles, Física*, CSIC, Madrid 1996, p. XXIII.

40. Por eso, los estudios estilométricos no han hecho más que confirmar que hay diversas redacciones en las obras, en las que se aprecian diferencias de estilo. Cfr. A. Q. MORTON, A. D. WINSPEAR, S. MICHAELSON, «The Authorship and Integrity of the *Athenaion Politeia*», *Proceedings of the Royal Society of Edinburgh*, 70-4, 1971-72, pp. 183-195.

41. No hay que olvidar que «la edición de Andrónico no puede ser considerada la *princeps* en modo alguno» (PAUL MORAUX, *L'Aristotelismo presso i greci*, 3 vol. Vol. 1. *La rinascita dell'aristotelismo nel I secolo a.C.*, Vita e Pensiero, Milano 2000, p. 60. O sea, Andrónico trabajó sobre ediciones

las citas de Aristóteles anteriores a la edición de Andrónico no se reconocen, no es posible localizar en qué lugar del *Corpus* se hallan; en cambio, a partir del siglo I a.C., por lo general, sí las podemos reconocer y localizar.

El resultado es que los *lógoi* de Aristóteles, como señala Jaeger, «no son en absoluto literatura»⁴², son notas, apuntes, textos en proceso, sometidos a la oralidad de las lecciones de escuela. En definitiva, estas obras de Aristóteles (las acroamáticas que hemos recibido) son obras redactadas dentro de la escuela peripatética en continua modificación, son un género literario que podríamos llamar, como hace Düring, «literatura de escuela», hasta el punto que podemos considerarlas, «por usar una expresión paradójica, una tradición oral en forma escrita»⁴³.

En consecuencia, hay que entender que Aristóteles no sólo fue modificando sus textos en diversas ocasiones, sino que sus discípulos también intervinieron, de tal modo que los 700 rollos que, a la muerte de Aristóteles, estaban en el Liceo como obras atribuidas al Maestro ya eran fruto de la actividad de la Escuela, de varias manos. Es decir, no existió un texto original, sino una primera versión (las primeras notas) y una segunda y una tercera..., realizadas en el Liceo por Aristóteles y sus discípulos directos. Y dado que la versión de ese momento, del 322, no fue publicada, siguió siendo objeto de re-redacciones por diversos peripatéticos durante tres centurias, hasta que se consideró que el texto estaba maduro y fue publicado por Andrónico (aunque luego sufrió modificaciones menores durante dos siglos más).

A todo esto se puede añadir que, en ese ambiente, era totalmente normal que el Maestro y discípulos importantes colaborasen entre sí en las investigaciones y en la redacción inicial de las obras. O sea, no es que los discípulos modificasen la primera redacción del Maestro, sino que directamente el texto

y manuscritos producidos por los peripatéticos durante tres siglos. Entre los que precedieron a Andrónico en la tarea editorial, cabe mencionar a Apelión de Teos (inicios del I a.C.) y, especialmente, a Tirannión (70-50 a.C.). No obstante, la labor de Andrónico fue lo suficientemente importante para que se tomara como la edición de referencia, lo cual no obstante para que aún se retocaran los textos durante dos siglos más.

42. «Die Lehrschriften sind überhaupt nicht Literatur» (WERNER JAEGER, *Studien zur Entstehungsgeschichte der Metaphysik des Aristoteles*, Weidmannsche Buchhandlung, Berlín 1912, p. 133). Vid. la interesantísima segunda parte de esa obra, «Die literarische Stellung und Form der *Metaphysik*», pp. 131 y ss.

43. INGEMAR DÜRING, «Notes on the History of the Transmission of Aristotle's Writings», *Symbolae philologicae Gothoburgenses (Acta Universitatis Gothoburgensis)*, LVI (1950/3), pp. 58 y 59.

había sido escrito por varias personas. En el caso de Aristóteles, se sabe que la lista de los vencedores de los juegos píticos fue redactada por Aristóteles y su sobrino Calístenes. Igualmente la extensa obra *Historia animalium* era ya originariamente una obra en colaboración, fruto directo de varios autores. Por supuesto, esas obras de colaboración se incorporaban a un acervo propiedad de la Escuela, no eran propiedad de sus redactores iniciales. Así pues, junto a las obras cuyo primer esbozo era solamente de Aristóteles, tenemos *obras en colaboración*, fruto directo de varias manos.

Y aún cabe señalar que, a esas obras en colaboración, hay que añadir las *obras por encargo*. Esto no era algo excepcional, pues, como he señalado *supra*, lo mismo sucedió con Demócrito y otros maestros. En el caso de Aristóteles, sabemos que él trabajó personalmente en la investigación y redacción de alguna de las llamadas constituciones de las *póleis* griegas, por ejemplo, en la *Res publica Athenensium*, pero casi todas las 158 Constituciones (o 171 según Al-Garib) fueron redactadas por sus colaboradores. Sin embargo, al ser obras de escuela promovidas por el Maestro, formaron parte de las obras atribuidas al Estagirita. Por eso, sostiene Moraux que «junto a éstos [los exóticos] existía una gran cantidad de apuntes para lecciones, recogida de materiales, extractos y anotaciones de todo tipo, que contenían el fruto de los esfuerzos filosófico-científicos del Maestro y de sus colaboradores, y pensados sólo para el uso interno de la escuela, no para una publicación editorial o una difusión comercial»⁴⁴.

Y por último, hay que tener en cuenta que, cara a la publicación, cada editor podía retocar el texto. Como he dicho, no hay que olvidar que Andrónico no fue el primer editor de los escritos acroamáticos, pues éstos circularon en diversas ediciones y en diferente estado de madurez. Por eso, comenta Untersteiner: «El *Corpus aristotelicum* está compuesto por escritos que, no literamente acabados, fueron sometidos a la actividad editorial de los discípulos directos o indirectos»⁴⁵.

Una conclusión clara que podemos sacar de las anteriores consideraciones es que no conocemos –*ignoramus et ignorabimus*– al Aristóteles histórico, es decir, el pensamiento originario del hombre que vivió entre el 384 y el 322. No se trata sólo de tomar conciencia de que los peripatéticos realizaron una

44. MORAUX, *L'Aristotelismo*, p. 16.

45. UNTERSTEINER, *Problemi*, p. 11.

labor decisiva al seleccionar lo que iba a ser transmitido (menos del 20%) y lo que iba a ser olvidado (más del 80%); ni tampoco sólo de tener presente que ellos articularon los diversos libros (rollos) en tratados, originando una interpretación general de esos libros, ya inamovible; sino también de atender a que sometieron el *contenido* de los textos a un proceso de modificación durante tres siglos. En consecuencia, nunca sabremos qué parte del contenido es de Aristóteles y qué parte pertenece a sus discípulos directos e indirectos, o sea, a los peripatéticos. Es más, en realidad no hay *partes*, sino redacciones que se superponen una a otras. Sólo conocemos al Aristóteles que la tradición nos ha transmitido a través de la selección de libros, estructuración de tratados y reelaboración del contenido del texto: ése es el *verdadero Aristóteles*, que no se identifica con el *Aristóteles histórico*, con el autor de unos supuestos –en realidad inexistentes– textos “originales”.

En suma, la situación es que después de tres siglos de reelaboraciones quedaron aceptablemente fijados una serie de textos que habían pertenecido al Liceo contemporáneo a Aristóteles (334-322), y que incluso posteriormente serían objeto de ligeras modificaciones, hasta que, en el siglo II p.C., se consideró que el proceso estaba acabado y se convirtieron en textos canónicos, en el *textus receptus*⁴⁶. La tradición nos ha entregado un texto que constituye un horizonte infranqueable⁴⁷. Cualquier intento de modificarlo, quitar o poner libros, eliminar o añadir partes es una tarea absurda. La única tarea que nos queda por realizar es la eterna crítica textual: a través de los manuscritos que hemos recibido, establecer las mejores lecturas, pero la crítica literaria ya está cerrada.

4. ¿PODEMOS ATRIBUIR A ARISTÓTELES LA PATERNIDAD DEL *CORPUS ARISTOTELICUM*?

Este panorama nos obliga a plantearnos si podemos atribuir o no la paternidad de estas obras al Estagirita. Es evidente que los títulos y la organización

46. Considero exagerada la tesis de GRAYEFF (*Aristotle and his School*, Duckworth, Londres 1974), que sostiene que son notas de discípulos u obras colectivas, donde la mano del Estagirita estaría prácticamente ausente.

47. Escribe FERMANI (*Saggio*, p. CIV): «Il testo, in questo senso, costituisce un orizzonte assolutamente intrascendibile, nonché il fondamentale banco di prova della tenuta di ogni interpretazione e di ogni lectura del testo stesso».

en tratados, no. No podemos decir que Aristóteles escribiera un *Órganon* o ni siquiera unos *Topica*, ni tampoco una *Metaphysica*, una *Physica* o una *Ethica nicomachea*. Eso estaba totalmente fuera de la intención del Estagirita. La concepción y articulación de los tratados es obra de los peripatéticos. Pero el tema central es plantearse si podemos atribuir a Aristóteles la autoría de los 108 libros que forman el *Corpus aristotelicum*.

De entrada, Paul Moraux nos advierte de que tal pregunta está mal planteada. No hay que distinguir entre obras personales redactadas por el Estagirita y otras obras, sean en colaboración, sean por mandato. La distinción es entre «*obras de escuela* contemporáneas al Maestro, por un lado; y por otro, obras *inauténticas*, o sea, obras extrañas al pensamiento, a la escuela o incluso a la época de Aristóteles»⁴⁸. Dicho de otro modo, no tiene sentido preguntar si este libro concreto fue escrito íntegramente por el Estagirita, pues, ya sabemos, como afirma Arianna Fermani, que «cuando se hace la pregunta acerca de la autenticidad de una obra concreta, no se debe preguntar si la obra ha sido escrita o no por Aristóteles, desde el momento en que eso, en línea de principio, debe ser excluido»⁴⁹. Nunca podremos saber qué parte o aspecto de una obra pertenece al Estagirita y qué parte a los peripatéticos, pues como hemos expuesto: «Muchas obras aristotélicas, tal como hoy las leemos, resultan de la fusión de varios cursos de lecciones, realizados en parte por Aristóteles mismo, en parte por sus discípulos y –en medida aún más relevante– por Andrónico de Rodas»⁵⁰.

Entonces, ¿debemos decir que estas obras no pueden ser atribuidas a Aristóteles? La respuesta es: sí debemos atribuir a Aristóteles el *Corpus aristotelicum*. Hemos de considerar como obras auténticas las obras iniciadas por Aristóteles o iniciadas bajo su dirección, o sea, las contemporáneas al Maestro. Obras que fueron incorporadas al acervo del Liceo y formaron –permítaseme la expresión– el *Corpus lyceale* (el *Corpus* del Liceo). Y esas obras a lo largo de varios siglos han sido reelaboradas sin que haya habido ruptura de pensamiento o una solución de continuidad, según he señalado *supra* (1, b) y, por tanto, se han de atribuir a Aristóteles como su *auctor*, entendiendo que es el que inició y promovió la obra, a tenor del significado latino, que he comentado (1, b). En realidad, si cambiamos de mentalidad y comprendemos bien el

48. MORAUX, *Listes anciennes*, p. 10.

49. FERMANI, *Saggio*, p. XCVIII.

50. Alberto Jori, *Aristotele*, Mondadori, Milano 2003, p. 41.

modo literario de proceder en la Antigüedad, simplemente hemos de entender que se trata de *obras de escuela*, que se atribuyen al maestro, que inició e impulsó la investigación⁵¹.

En resumen, para que quede claro, la pregunta que ha de hacerse es la siguiente: ¿existió el germen de esta obra en el Liceo de Aristóteles, iniciada por él solo o en colaboración o por orden suya?; o simplemente, ¿es una obra existente –en esbozo– en aquel primer Liceo o no? Si es del primer Liceo, se atribuye a Aristóteles; y si no, no.

CONCLUSIONES

1. Con nuestra moderna mentalidad actual, de culto al autor y a «la ignorante superstición de la originalidad»⁵², pensamos que toda obra del mundo antiguo tiene un autor original, que la escribió de su puño y letra, y ese texto original es el que nosotros tenemos que intentar recuperar. Si queremos entender el mundo antiguo, tenemos que desprendernos de nuestra mentalidad de autores, editores y libros impresos. En el mundo antiguo, la mayoría de las veces el autor fue, al máximo, mero *auctor*, o sea, el que inició e impulsó la obra, escribiendo su primer esbozo, o incluso en algún caso –como Homero– tejiendo sólo una primera composición oral, o simplemente dando la orden de que se hiciera la obra bajo su supervisión.

En el caso del *Corpus aristotelicum* tenemos un conjunto de textos, iniciados por Aristóteles, que tuvieron su existencia en germen en el Liceo y eran propiedad de la Escuela. De la masa de escritos del Liceo, los peripatéticos tomaron unos y abandonaron otros, los que conservaron los modificaron, estructuraron, reelaboraron y finalmente publicaron, en un proceso que duró cinco siglos. Así se obtuvo el *textus receptus* ya inamovible, que ha llegado hasta nosotros.

La idea de buscar el texto original es absurda y no conduce a ninguna parte, pues el texto original simplemente nunca existió. Existió el germen, pero no la obra madura. No tiene hoy día ningún sentido, por ejemplo, suprimir la *Physica* y empezar a hacer ediciones de obras sueltas (*De principiis*,

51. Eso es lo que sucede con las obras de Demócrito, como he señalado antes, o con el *Corpus hippocraticum*.

52. JORGE LUIS BORGES, «Prólogo», en *Antología poética* de Quevedo, ed. de J.L. Borges, Alianza Editorial 1946.

De motu...), y además expurgar de esos textos todos los añadidos e introducir las partes eliminadas, para así tener el presunto texto original, que, insisto, nunca existió; y, por tanto, es irreproducible.

Así pues, en líneas generales, el *Corpus aristotelicum* no puede atribuirse exclusivamente a Aristóteles. En realidad, el *Corpus aristotelicum* es una pequeña parte del conjunto de escritos que pertenecieron al Liceo (*Corpus lyceale*) en tiempos de Aristóteles. Es más, dichos escritos no fueron más que el germen de un proceso de transformación ininterrumpida de cinco siglos, a través del cual la tradición peripatética formó el *textus receptus*, que es el texto maduro que hemos de procurar editar cuidadosamente a través de la crítica textual.

2. Si queremos concretar estas ideas para el *Corpus aristotelicum*, sintéticamente podemos decir lo siguiente.

- a) Los 108 los libros que tenemos son un 15-20% de los más de 700 libros (*volumina*, rollos) iniciados por Aristóteles, o sea, los que usó en sus lecciones, escribió con otros colaboradores o mandó escribir. Sólo tenemos una faceta de las actividades literarias del Estagirita.
- b) La organización en tratados no es obra de Aristóteles. El Estagirita no fue un pensador sistemático que estructurara sus libros en tratados científicos claramente definidos. Los tratados son obra de los peripatéticos en continuidad con las ideas del Maestro.
- c) El texto *original* de cada libro nunca existió. El texto que Aristóteles usó en su enseñanza y que pertenecía a la Escuela son notas (*ύπομνήματα*), un primer esbozo del texto que, tras cinco siglos de modificaciones, ha llegado a nosotros como *textus receptus*. Una marcha hacia un presunto texto original es una marcha hacia la nada. Por eso, es absolutamente imposible e irrelevante saber qué estaba en el inicio, qué se añadió o suprimió, qué redacciones posteriores hubo, qué elementos son del Maestro y cuáles de los peripatéticos, etc.
- d) Entonces ¿son obras de Aristóteles? Son obras del Liceo (*Corpus lyceale*), pero dado que proceden del Estagirita o de las manos de sus discípulos impulsadas por el Maestro, hemos de decir: Aristóteles no fue su *autor* en el sentido en que nosotros somos autores de nuestros libros impresos, sino que fue su *auctor*, el que inició e impulsó la obra, y su impulso duró 500 años hasta el *textus receptus*.

- e) El *textus receptus* es un límite insalvable. No podemos estar corrigiendo el texto con añadiduras o supresiones arbitrarias. Lo único que cabe es la crítica textual: reproducir filológicamente el *textus receptus*. Por eso, ni siquiera podemos eliminar libros (rollos) que sabemos que no proceden de la intención del Estagirita, o sea, libros cuyo primer esbozo no fue obra suya. Ese es el caso, por ejemplo, del libro K de la *Metaphysica*. En efecto, algunos discípulos cogieron restos de una antigua aporética procedente del Maestro, a la que añadieron copias y resúmenes de otros libros, y con todo ese material redactaron el desafortunado libro K. Sin embargo, dado que dicho libro procede de notas del Liceo contemporáneo a Aristóteles, forma parte inseparable del *Corpus aristotelicum*.
- f) Hay que cambiar la perspectiva en las actuales investigaciones históricas sobre Aristóteles. Pretender establecer la cronología de sus obras, la evolución de su pensamiento, justificar la estructura de sus tratados, discutir a qué *Ética* pertenecen los libros duplicados, etc., etc., son discusiones que carecen en gran medida de sentido. En todo caso, podemos preguntarnos por qué los peripatéticos estructuraron así o así tal tratado, por qué colocaron tal libro en tal tratado y no en tal otro como responde mejor al pensamiento no de Aristóteles, sino de la totalidad del *Corpus aristotelicum*, etc.

Para concluir, parafrasearía lo que escribió Vico (SN25, pp. 272-273) sobre la «discoverta del vero Omero»:

A partir de estas ideas aparecen las obras de Aristóteles con un aspecto totalmente diverso del que hasta ahora se había observado. En efecto, el verdadero Aristóteles no es el Aristóteles original, el histórico, sino el Aristóteles de la tradición, el Aristóteles peripatético: un héroe víquiano que se esforzó durante cinco centurias por dejarnos un *corpus philosophicum* que nos ayudase a pensar la realidad. O si queremos, el verdadero Aristóteles es el *auctor* que originó e impulsó una investigación filosófica que, a través de múltiples manos durante quinientos años, dio lugar a un *corpus*. Y dado que dicho *corpus* es el fruto maduro de la tradición peripatética iniciada por Aristóteles, lo llamamos *Corpus aristotelicum*. La idea que guía la construcción de la filosofía no es la de originalidad, sino la de incesante búsqueda en común de la verdad.

